



TEMPESTAD DE VERANO

Toledo, 23 de Julio de 1834.

FRAGMENTOS

I

Por entre moradas nubes
Derrama su lumbré el sol,
Y el valle, el monte y el llano,
Ascuas á su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas
Abrigo consolador,
Y al pie del robusto tronco
Dormita el toro feroz.

La lengua, tinta de espuma,
Tiene de turbio color;
Secas las fauces, que tragan
Abrasada aspiración.

Tardos vagan los reptiles,
De sus grutas en redor,
Entre la tostada hierba,
Huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste
Con lastimero clamor,
Entre el follaje sombrío
Su enamorada afición;

Ni estremeciendo las plumas,
Al dar arranque á la voz,
En dulces trinos gorjea
Armonioso el ruiseñor;

Ni se oye de los insectos
El ronco y cansado són;
Ni los olmos se columpian
Con susurrante rumor;

Ni las espigas se doblan
En vistosa confusión;
Ni entona groseras letras
Allá en el valle el pastor;

Ni trepa la suelta cabra
Por el agudo peñón,
De una vana hierbecilla,
Libre y caprichosa, en pos;

Ni ladra el mastín atento;
Ni aulla el lobo traidor;
Ni cruza por la vereda
De hormigas largo cordón;

Ni en la ciudad, ni en el llano,
Ocioso ni reñidor,
Aguarda en peña ó esquina,
Amigo, dueña ó matón;

Ni asoman dos ojos negros,
Velando en un mirador,
La estrecha y oscura calle
Con diligente atención.

Todo calla inmóvil y mustio
De Toledo en derredor,
Bajo la choza pajiza,
Bajo el calado artesón.

Que al lejos, como la sombra
Del brazo airado de Dios,
Avanza con dobles alas
Nublado amenazador;

Y con él nubes y nubes
En apiñado escuadrón,
Que encapotando los cielos
Van á atropellar al sol.

Allá, en su cóncavo seno,
Brama oculto el aquilón,
El trueno encerrado muge,
Hierve el rayo asolador.

Y todo, en informe masa,
En espantoso montón,
Sin fuerzas ni ley que basten
A detener su furor,

Rueda en la atmósfera á ciegas,
Como buque sin timón,
Como peñasco gigante
Que ancho volcán vomitó.

Doblan roncadas las campanas,
Y á su colosal clamor
Se estremece el aura densa
Con rápida vibración.

El firmamento desploma,
En hálito abrasador,
Cuanto fuego en sus entrañas
El Altísimo encerró.

Sólo el monje, fatigado,
Cruza tardo el callejón,
Hacia el silencioso templo
A alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca
El importuno reloj,
Y va acongojado y lento
Murmurando una oración

En imperceptibles voces
Y murmurante rumor,
Que entre el són de las campanas
Al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,
Y apostado en el portón,
El mendigo le saluda
Con desfallecida voz.

¡He aquí el negro nublado,
Que, como hambriento dragón,
Toda la lumbre del día
De un solo empuje sorbió!

¿Quién sabe al flotante monstruo
La fuerza que ha dado Dios?
¿Quién sabe las maldiciones
Con que su vientre preñó?

¿Quién sabe, después que pase,
Lo que ha de dejar en pos?
¿Quién de los que ahora le vemos
Podrá decir que le vió?

Cuando rasgue sus tinieblas,
Cuando derrame su voz,
¿Qué luz brillará en el polvo?
¿Qué garganta hará rumor?

II

Quedaron en calma un punto,
Ambos á par, aire y tierra,
Del imponente nublado
Bajo las alas espesas,

Y á la luz de aquel crepúsculo,
Que más que ilumina ciega,
En la horrible incertidumbre
De la luz y las tinieblas.

El aire que se respira,
La avara garganta seca;
Y en el sudor de la frente
Húmedo el rostro, gotea.

Relincha el caballo inquieto
En la cuadra que le encierra;
El perro espantado aulla,
Y, receloso, olfatea.

El pájaro, de su jaula
Contra el alambre se estrecha,
Y al abrigo de sus plumas,
Escucha, mira y recela.

Sólo la afanosa araña,
Su red y su caza deja,
É inmóvil y pegada al muro,
El trueno y la lluvia espera.

Peñas, casas, ganados y pastores,
Todos siguieron el fatal destino;
Presa de sus esfuerzos vengadores,
No quedó senda, ruta ni camino.

Y oran allí á los pies de los altares,
En humilde tropel, las criaturas,
Al Dios que las tormentas y los mares
Humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje,
Del templo gime el colosal cimiento;
Estremecida la techumbre cruje,
Y en sus esquinas se desgarran el viento.

Crece el turbión; las sombras del nublado
Ancha guarida por el templo toman, [do,
Y en el cristal del rosetón pintado,
Rápidos los relámpagos asoman.

A veces, como grupos encendidos
De espectros y diabólicas figuras,
Vacilan en los vidrios sacudidos,
Variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota,
Y al darles luz la exhalación por fuera,
Cada en los vidrios suspendida gota,
Un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire un murmullo indefinible,
Donde sin leyes, ni prisión, ni valla,
Los espíritus dan en ronda horrible
Zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival, cóncava y hueca,
Entre su red de góticas labores,
Una osamenta descarnada y seca
Dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja, una hilera de esqueletos;
Cada capilla, un antro de vampiros
Que columpian y doblan los objetos,
Que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana, una abrasada boca,
Que abierta en espantosa carcajada,
Apenas el relámpago la toca,
Respira una sulfúrea llamarada.

Ancha, redonda, abrasada,
Bajó una gota, que apenas
Mojando el sitio en que posa,
Desvaneciéndose humea.

Dobla el calor, y la calma
Y la fatiga se aumentan,
Y en trémula expectativa,
Todo calla y todo vela.

Y el mundo semeja un reo
Que mira desde una reja
Cómo en la plaza, su cómplice,
Al pie del cadalso llega.

Y duda, y vacila, y teme
Que se salve y que perezca,
Porque una palabra suya
Ó le salva ó le condena.

III

¡Un relámpago! Al punto desatadas,
El arenal las ráfagas barrieron,
Y en espeso tumulto aglomeradas,
Las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerróse el aire impuro;
El hombre, amedrentado y temeroso,
El recio temporal llamó á conjuro
De las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado,
La lluvia y el granizo se desploman;
Y allá en su centro, en círculo abrasado,
Los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno,
Agua, granizo y viento se esparraman;
Y al hondo són del prolongado trueno,
Talan, devoran y en tumulto braman.

Hierve el turbión, cegáronse las fuentes;
Los arroyos, hinchados y bravíos,
Bajaron, convertidos en torrentes,
A desgarrar los diques de los ríos.

Sus altaneras ondas, vencedoras,
Los campos adelante se llevaron,
Y envueltos en las ondas bramadoras,
Mieses, cabañas y árboles bajaron.

Hoguera horrible, á cuya luz errante,
En rauda confusión saltan y flotan
Las figuras que el vidrio vacilante
Con cuerpos de color manchan y embotan.

Y á la par, en un punto, en todas partes,
En cada vidrio que la lumbre hiere,
Gestos, hachones, cruces, estandartes.....
Y el relámpago pasa y todo muere.

¡Tropa infernal de sombras vaporosas!
¡Abortos estrambóticos del miedo,
A quien da faz y formas religiosas
Crédula y fácil la oriental Toledo!

IV

Y entre nubes purpúrinas,
Peregrinas,
De azulado tornasol,
Tendió el iris á lo lejos
Los reflejos
De los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas
Siete randas
Sobre el invisible tul,
Con que tan falaz nos miente
El manso ambiente
Ese firmamento azul.

¡Salve, ilusión de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendaval,
Levantando en su alegría
Al claro día
Arco espléndido triunfal!

¡Salve, luz tornasolada,
Delicada,
Prenda mágica de paz,
En que el cielo jura al alma
Dulce calma
Tras la negra tempestad!

¡Salve, ¡oh iris pasajero!
Mensajero
Del supremo Creador,
En cuyos colores siete
Nos promete
Solaz, y treguas, y amor!

Por ti en el rojo Occidente,
Transparente,
Vuelve el sol á levantar
La faz pura, esplendorosa
Y luminosa,
Al acostarse en el mar.

Por ti, con cánticos suaves,
Van las aves
Surcando el aura otra vez,
Loando en dulces rumores
Los primores
De tu excelsa brillantez.

Por ti en delicadas tocas,
De las rocas
Se desprende virginal
La melancólica niebla
Cuando puebla
El ámbito celestial.

Por ti á través de su vuelo
Luz da al cielo
La luna en turbio crespón,
Como reina macilenta
Que se ostenta
En magnífica ilusión.

Por ti dejan las estrellas
Blancas huellas
De su opaca reina en pos,
Como lámparas dudosas,
Ostentosas,
En el alcázar de Dios.

¡Salve, ilusión de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendaval,
Levantando en su alegría,
Al claro día,
Arco espléndido triunfal!

Recuerdo á N. P. D.

Bajad del monte al escondido valle,
Frescos arroyos, cristalinas fuentes,
Que en esas rocas anchurosa calle
Buscáis á vuestras rápidas corrientes,
Y en un remanso recogido acalle
Vuestra linfa sus ondas maldicientes,
Porque sorbiendo el valle su frescura
Cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando
Sobre las calvas peñas destrenzadas
Los colores del sol reverberando
En gotas con el sol tornasoladas,
Que manantiales os irán prestando
Esas agudas cumbres escarchadas
Donde se está filtrando en hilos leves
La eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos
Que vais de piedra en piedra juguetones
Césped brotando y derritiendo hielos
En curso inquieto y deleitables sonos,
Felices sois, pues que mundanos duelos
No adormís, ni raquílicas pasiones
Al compás con que os suelta y desparrama
Desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos,
Rodáis por esas mudas soledades,
En anchas ondas ó en delgados hilos,
Por altas rocas ú hondas cavidades,
Ya os arrullen los céfiros tranquilos,
Ya el soplo de revueltas tempestades:
¡Felices vuestras aguas transparentes,
Libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle um-
Bajo su tosco pabellón de pinos [broso
La soledad os cansa y el reposo
De sus antros y sotos peregrinos,
Torced el suave paso rumoroso,
Trasponed puentes y cruzad caminos,
Ganando tierra y conquistando calle
Hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera
Que el sol marchita y aquilón azota,
Veréis allí á Segovia la altanera
Ya por el tiempo consumida y rota,
Tal vez caduca, pero hidalga y fiera
Con su pujante antigüedad remota,
Que aun la ofrecen sus claros manantiales
Sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos, la veréis ufana
Raudos al deslizar vuestra corriente
Sobre esa enorme creación romana
Que al par la sirve de obelisco y puente;
Noble corona que sustenta vana
Sobre la apenas poderosa fuente;
Yugo gigante que la abruma el cuello,
De su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,
El verde soto y soledad amena,
Y cruzaréis la inmensa pesadumbre
De la alta puente, de hendiduras llena:
De veinte siglos la continua lumbre
Su tez ha puesto pálida y morena,
Pero aun se tiene colosal y erguida
Vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y veréis cuán vanos
 Junto á ese eterno y portentoso escombros
 Parecen los escombros cortesanos,
 De otra más flaca edad timbre y asombro;
 Ellos al fin hundiéronse livianos,
 Mas ese aun presta infatigable el hombro,
 Mostrando audaz á la flaqueza humana
 El vigor de su estirpe soberana.

¡Oh! Esos mezquinos restos solitarios
 Que yacen por los llanos extendidos,
 Negras torres, desiertos campanarios,
 Solares sin señor, templos hundidos,
 En eriales y cuevas y calvarios
 Y en olvidado polvo convertidos,
 No pudieron guardar en la memoria
 Ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí están esas góticas capillas
 Orladas de magníficos relieves,
 Cargadas de sutiles maravillas
 En sus aéreos arabescos leves;
 Ven, y en esas ruinas amarillas,
 Escrutadora edad, lee si te atreves,
 Por más que rompas al pensar los diques
 Más que confusos Álvaros y Enriques.

Avanza un siglo más en tu camino
 Y un poco más tu huella profundiza,
 Y de Álvaros y Enriques el destino
 Se hundirá con la tierra quebradiza,
 Y mañana, pasando el peregrino,
 Al topar de sus huesos la ceniza,
 Dirá por conjeturas: ¡Aquí fueron!
 Pero podrá jurar que aquí murieron.

Ahí queda en ese alcázar mutilado
 Bajo los opulentos artesones,
 De reyes un espléndido senado
 Con sus cetros, coronas y blasones;
 Y hoy en su puente roto y derribado
 Y en sus pintarrajeados murallones,
 Acaso en vano el pensador profundo
 Las huellas buscará de Juan segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan ape-
 Y tres veces tal vez le apuntalaron: [nas,
 El uno vació en lanzas sus cadenas,
 Y las lluvias del otro le minaron;

Cegó el otro de adobes sus almenas,
 Y los tres al pasar le profanaron,
 Cual copa así que en el festín rompieron
 Y por juguete á los muchachos dieron.

Doquier se tiendan los avaros ojos,
 Escombros hallan, débiles memorias
 Que apenas en estériles despojos
 Rastro dudoso dan de sus historias;
 Dondequiera en fatídicos manojos
 Huesos se hacinan y se esconden glorias,
 Sin que sepan decir tantos osarios
 Si eran romanos, godos ó templarios.

Mas id á demandar á ese coloso
 El nombre de la patria y la alta cuna
 De la raza del pueblo poderoso
 Que ató á sus pies el tiempo y la fortuna;
 Y en ese audaz esfuerzo prodigioso
 Con que á la edad fatiga é importuna,
 Con que de veinte siglos la carcoma
 Se atreve á rechazar, veréis á Roma.

En vano airado le sacude el viento,
 Y en vano el ronco temporal le moja,
 Y en vano sobre el monstruo macilento
 Tan larga edad su pesadumbre arroja;
 Que siempre altivo y grande y opulento,
 Ni el vendaval ni la vejez le enoja;
 Y siempre rico, en su ciudad derrama
 Los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,
 Aguas puras de fuentes cristalinas
 Que holláis el césped y chupáis los hielos
 En esas cumbres á la luz vecinas;
 Bajad del monte si abrigáis desvelos
 En vuestras soledades peregrinas,
 Cansados ya de la desierta sierra,
 De ver más ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda,
 Donde entre brezos de color pajizo
 Tiende la hierba trenzas de esmeralda
 Con que á sus solas sus alfombras hizo,
 Donde con flores de carmín y gualda
 Corona vuestro espejo movedizo,
 Hay una puerta en el hendido casco
 De los doblados lomos de un peñasco.

No hay á su paso imoportinente estorbo
 Ni crece á su dintel adelfa amarga,
 Ni fierá alguna de talante torvo
 La linfa turba en su carrera larga:
 Torced por ella vuestro curso corvo
 Sobre el peñasco que el camino alarga,
 Hasta que vuestros rápidos cristales
 Rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen ¡oh fuentes! en tropel sonoro
 Por la ancha espalda del excelso puente
 Reverberando las madejas de oro
 Vuestras gotas, del sol resplandeciente.
 Bajad del monte en susurrante coro
 Agitando la límpida corriente;
 Veréis el sello con que el hombre doma
 De veinte siglos la opulenta Roma

Y si pasando, desde el alto lecho
 Do el puente os presta soledad y abrigo,
 Veis por las grietas del canal estrecho
 Tal vez llorando á mi amoroso amigo;

Si es que las llagas de su herido pecho
 Consuelo admiten ó á su mal testigo,
 Decidle que hay quien su pesar agora
 Del Manzanares á la margen llora.

Frescas, puras, corrientes cristalinas,
 Fuentes sonoras, limpios arroyuelos,
 Que de esas cumbres á la luz vecinas
 Holláis el césped y bebéis los hielos,
 Si halláis en tantas flores las espinas
 De sus antiguos y cansados duelos,
 Dadle de vuestra fugitiva randa
 Con el claro compás, música blanda.

Y así reviente en matizadas flores
 Y en madre selvas vuestra verde orilla,
 Y os preste sombra, arroyos bullidores,
 La caña cimbradora y amarilla;
 Y así bajen los lindos ruiseñores,
 La suelta garza y triste tortolilla,
 A hundir en vuestras frágiles espumas
 Los tiernos picos y esponjadas plumas.

